

LA PARRA LÓPEZ, Emilio. *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*. Barcelona: Tusquets Editores, 2018, 745 pp.

La obra del profesor La Parra es el resultado de años de investigación en torno a la figura de una persona tan compleja como la del, primero, príncipe de Asturias y, luego, rey Fernando VII. Años de investigación en los que, a través de artículos, libros y congresos, ha ido cercando y delimitando figura tan controvertida. Entre esos libros debemos citar *Manuel Godoy. La aventura del poder* de 2002 y los *Cien Mil hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España* de 2007. El resultado ha sido esta magnífica biografía que le ha merecido el XXX Premio Comillas de 2018 y en la que retrata con claridad a un personaje tan deseado como detestado que reinó durante una etapa turbulenta de la historia de España. Aclamado por unos, reprobado por otros y disculpado por quienes solo veían lo que les interesaba ver fueran ilustrados o liberales, Fernando VII se debió en primer lugar a sí mismo. No fue un rey del que se puedan destacar virtudes de buen gobernante, estadista o estratega. Fue ante todo egoísta, voluble, conspirador, mendaz, rencoroso, vengativo y cruel con sus enemigos, incumplidor de la palabra dada y de carácter infantiloides tanto parasometerse ante el de arriba como para ejercer todo su poder arbitrario con los de abajo. Su sentido de la patria, de la religión y de la monarquía se circunscribía a sus propios intereses menoscabando cualquier valoración moral. Su imagen en las cortes europeas no mereció ningún elogio, hasta

el punto de ser definido por Chateaubriand como el cáncer de España. Su figura no dejó a nadie indiferente, ni siquiera a las cuatro esposas con sus entornos que ejercieron una gran influencia en él y en decisiones importantes de la monarquía. Y si alguna lo describió como lelo, pánfilo, estúpido, tonto, sin carácter ni instrucción (al menos no la necesaria ni en conocimientos ni en valores morales), ni atractivo, otras, sin ocultar sus graves carencias, no dejaban de reconocerle ciertas virtudes. Añadamos su capacidad para el disimulo y su facilidad para cubrirse con la careta que mejor se adecuaba a cada momento y circunstancia.

El profesor La Parra no ha dejado nada al azar. Ha reunido cuantiosa documentación que ha analizado con meticulosidad y ha contrastado al detalle tanto las opiniones contemporáneas como posteriores sobre Fernando para pintar con objetividad y fidelidad el mejor retrato posible de su persona y reinado. De sus inicios como príncipe de Asturias destaca su formación si no esmerada tampoco mala. Tuvo buenos maestros y preceptores en principio, pero algo cambió con Escoquiz y el duque de San Carlos, con su interés por intervenir en la política, su odio a María Luisa su madre y a Godoy, la política matrimonial que le condujo al enlace con María Antonia en 1802 y el papel de esta en las conspiraciones que se tejían en el cuarto del príncipe teniendo a este como principal inspirador/conspirador. Y si poco feliz fue el primer matrimonio, la pronta muerte de la princesa causó desazón y no pocos rumores. Pero fue del cuarto del príncipe de donde salieron la cruel campaña

difamatoria contra la reina y contra Godoy y las conspiraciones de El Escorial y de Aranjuez contra el rey con el apoyo de sus partidarios, el llamado partido fernandino, con la esperanza de destronar a su padre y el deseo del apoyo expreso o tácito de Napoleón. La primera fracasó y el príncipe quedó retratado como ese personaje mezquino, cobarde, egoísta, infantil y delator, imagen que le acompañó durante toda su vida, pero también la de mártir, virtuoso e inocente ante la opinión pública. Perdonado por los reyes, sus padres, mantuvo su conducta conspirativa en la creencia de contar con el apoyo del emperador francés, poder ceñirse la corona y acabar con el odiado Godoy. La entrada de las tropas francesas en España y el pretendido viaje de la familia al sur precipitaron los hechos que desembocaron en el motín de Aranjuez, golpe de Estado, la renuncia forzada de Carlos IV y la coronación por aclamación popular del conspirador Fernando, cuyas ínfulas de regenerador de España no pasaban de ser una broma de mal gusto. Y si mal sentó a Carlos IV la actitud de su hijo, no fue mejor la opinión de Napoleón, quien se negó a reconocerlo como rey. Y si el padre se puso en manos del emperador Bonaparte, el hijo hizo lo propio dirigiéndose como sumiso peregrino a Bayona en busca de su reconocimiento, un acto tan indigno para uno como conveniente para el otro, convertido en el árbitro de una monarquía en crisis y de una nación desarbolada y sin timón en medio de una gran tormenta.

No desaprovechó Napoleón la ocasión haciendo llegar a Bayona primero a Fernando y luego a Carlos IV

con la reina y Godoy. Y en Bayona pasó lo previsible. El emperador, árbitro de la situación, consiguió la renuncia a la corona de Fernando y de Carlos a su favor y, dueño de ella, la ponía en las sienes de su hermano José, si bien en el imaginario popular no había más rey que un cándido, inocente y virtuoso Fernando prisionero de Napoleón, a quien se pintaba con los rasgos más negros imaginables. Y por su liberación lucharía la mayor parte de los españoles, mientras en la jaula dorada de Valençay el supuesto prisionero llevaba una vida acomodada, sin causar problemas y fiel al emperador a quien felicitó por sus victorias en España y por el nombramiento de José I. No contento con eso le solicitó ser nombrado hijo adoptivo suyo e incluso que le proporcionara una esposa de su familia. Ese era el prisionero Fernando que intentó recaudar impuestos (extorsionar) a personas e instituciones españolas sin pensar en la situación en que se encontraban. Pero no todas las guerras se ganan y el poder militar de Napoleón empezó a declinar, momento que aprovechó para pactar con Fernando su vuelta a España como rey absoluto con la promesa de acabar con las instituciones constitucionales supuestamente apoyadas por Gran Bretaña.

La idea que favorecía a Napoleón encantó a un Fernando ansioso de sentarse en el trono y esta vez reconocido por su mentor. A ambos les vino bien la ingenuidad de las Cortes y de la Regencia y la propaganda bien orquestada de los fernandinos. Y con la intención de hacer su voluntad entró un deseado Fernando en una España entregada que le aclamó en su trayecto hasta

llegar a Valencia, donde sus seguidores crearon el ambiente necesario para que la ciudad volcada con su rey permitiera llevar a cabo el golpe de Estado (otro más) contra el régimen liberal y a favor de la monarquía absoluta que se transformaba en tiránica. Y como rey absoluto-tirano (así lo podrían haber retratado nuestros tratadistas del siglo XVII) entraba en Madrid el día 13 de mayo mientras los diputados liberales eran encarcelados. Una limpieza ideológica que aplaudió el clero que volvía a ejercer de nuevo un poder indiscutible junto con el rey, representando ambos la alianza del trono y del altar como convenía a sus propios intereses con la Inquisición como inestimable instrumento represor. Muchas precauciones tomó el rey contra los «malos» que habían defendido su trono y autoridad, empleada ahora en su contra para mantener a España alejada de las reformas políticas, sociales y económicas que necesitaba tanto en la península como en sus dominios de ultramar. Una vez más el egoísmo real, también el miedo, cegaban al mal gobernante Fernando entregado como tiempo atrás a la camarilla en la que justificó sus fracasos al igual que lo hacía la opinión pública. Y entre sus miedos el posible derrocamiento fuera por su padre, por los exiliados o por una insurrección interna.

El sexenio absolutista se caracterizó por la obsesión del rey en ponerse por encima de las leyes, en perseguir a liberales y afrancesados, en su lustre personal y en su ceguera respecto los problemas de ultramar, en cuyos territorios los deseos independentistas aumentaban sin cesar. Y fueron las tropas

expedicionarias con destino precisamente a América las que se sublevaron en Cabezas de San Juan a favor de la Constitución. Sin apoyo civil ni militar, pero respetado a pesar de sus antecedentes, el rey la juró con el propósito interno de no acatarla, pasando de ser rey absoluto a constitucional y sometido a la Constitución. En este proceso fallaron los liberales al creer a un rey falaz, artero y conspirador fuera por convencimiento o por táctica. De cualquier forma, él mismo con sus partidarios (serviles o realistas) trataron de impedir el afianzamiento del nuevo régimen favoreciendo todas las actividades contrarrevolucionarias posibles que fueron ganando terreno en la medida en que los liberales se dividían y se enfrentaban ente sí. El rey, que se consideró siempre prisionero del régimen liberal, fue el alma de una bien organizada y activa contrarrevolución cuya única misión era devolverle el poder absoluto. Y en este sentido menudearon planes golpistas que fracasaron, pero quizás por eso decidieron las monarquías europeas intervenir para impedir el contagio revolucionario y volver al estado de cosas anterior devolviendo a Fernando todos sus derechos. Esta decisión se concretaría en el envío de los Cien mil Hijos de San Luis. La noticia agitó la política española y se pensó como medida mejor el traslado del rey al sur para evitar que cayera en manos del enemigo que avanzaba sin apenas obstáculo. Eran otros tiempos a los de la Guerra de la Independencia. Las circunstancias habían cambiado respecto del rey y si fue obligado a trasladarse a Sevilla, hubo que recurrir a su inhabilitación temporal para conducirlo a

Cádiz como una prolongación de la agonía del sistema constitucional que claudicaba poco después entre la presión francesa y las mentiras del rey.

Una vez liberado por los franceses, Fernando se reivindicó como rey absoluto-tirano, inició una feroz persecución contra sus enemigos (prisión, exilio, inhabilitación) y dio alas al realismo más extremo, bien organizado y activo, encargado de borrar todo mal recuerdo constitucional con la voz autorizada y rancia del clero. Volvía la unión del trono y del altar, aunque esta vez sin el restablecimiento de la Inquisición, de las pocas cosas que pudieron impedir los franceses, desbordados por la maquinaria represiva tan fanática como sanguinaria. Y si la Inquisición quedó aparcada, pronto fue sustituida por la policía política y por las Juntas de Fe, estas en manos de obispos más sedientos de venganza que de caridad. Empezaba la Década Ominosa en la que hubo un poco de todo. Si las monarquías europeas moderaban a Fernando VII, el realismo más extremo se decantaba por don Carlos con la pretensión de controlar el escenario político en el que no faltaron manifestaciones, rupturas y rebeliones al igual que hicieron los liberales por otros motivos, y en ambos casos hubo arrestos y ejecuciones. El rey era el rey, aunque en esos momentos sus enemigos viscerales eran los liberales, los «negros», el realismo se fraccionó entre ultras y moderados. La iniciativa del rey con su largo viaje por Cataluña, el norte y otros lugares para detener el descontento ultra por su política fue un éxito, empañado pronto por la muerte de su tercera esposa y la intención de volver

a casarse con María Cristina de Borbón, lo que reavivó el radicalismo ultra y acentuó la crisis familiar que ponía en peligro los derechos de don Carlos, como así sucedió con el embarazo de la reina y la derogación de la Ley Sálica a favor de su hija Isabel.

La política moderada de Fernando estuvo impulsada por las cortes europeas de las que dependían los empréstitos que necesitaba la monarquía. Sus efectos positivos tanto económicos como políticos fueron aprovechados por liberales y realistas ultras. Unos pretendiendo la vuelta de la constitución, otros reclamando los derechos de don Carlos y en defensa de la patria y la religión. La mala salud de Fernando VII obligó a la reina a participar activamente en la política, que no evitó la manipulación de la incapacidad del rey para anular la derogación de la Ley Sálica, aunque recuperado poco después la volvió a restablecer y su hija podía recibir el juramento de fidelidad como princesa de Asturias y heredera natural. Fernando moría el 29 de septiembre de 1833 y con él la monarquía absoluta, pero abría la puerta de un futuro incierto en el que las posiciones política y religiosa constituían un obstáculo insalvable para la convivencia entre los españoles.

La obra del profesor La Parra es de obligada lectura para especialistas y aconsejable para aficionados a la historia porque a su rigor añade la amenidad. Retrata con objetividad la figura de Fernando tanto en sus aspectos humanos como en su perfil psicológico y si recoge los aspectos más importantes del biografado, no olvida los detalles que los hacen comprensibles desde

sus años de príncipe hasta su muerte. Cincuenta años de historia en los que filias y fobias, vicios y virtudes, miedos, frustraciones y aspiraciones, educación o falta de ella e influjos, incapacidad e irresponsabilidad, egoísmo y falsedad,

traiciones y difamación, disimulo e hipocresía, etc., etc., quedan descritos con brillantez por la pluma de Emilio La Parra.

Vicente León Navarro